



CUADERNOS  
PARA  
EL TREN

Junio 21

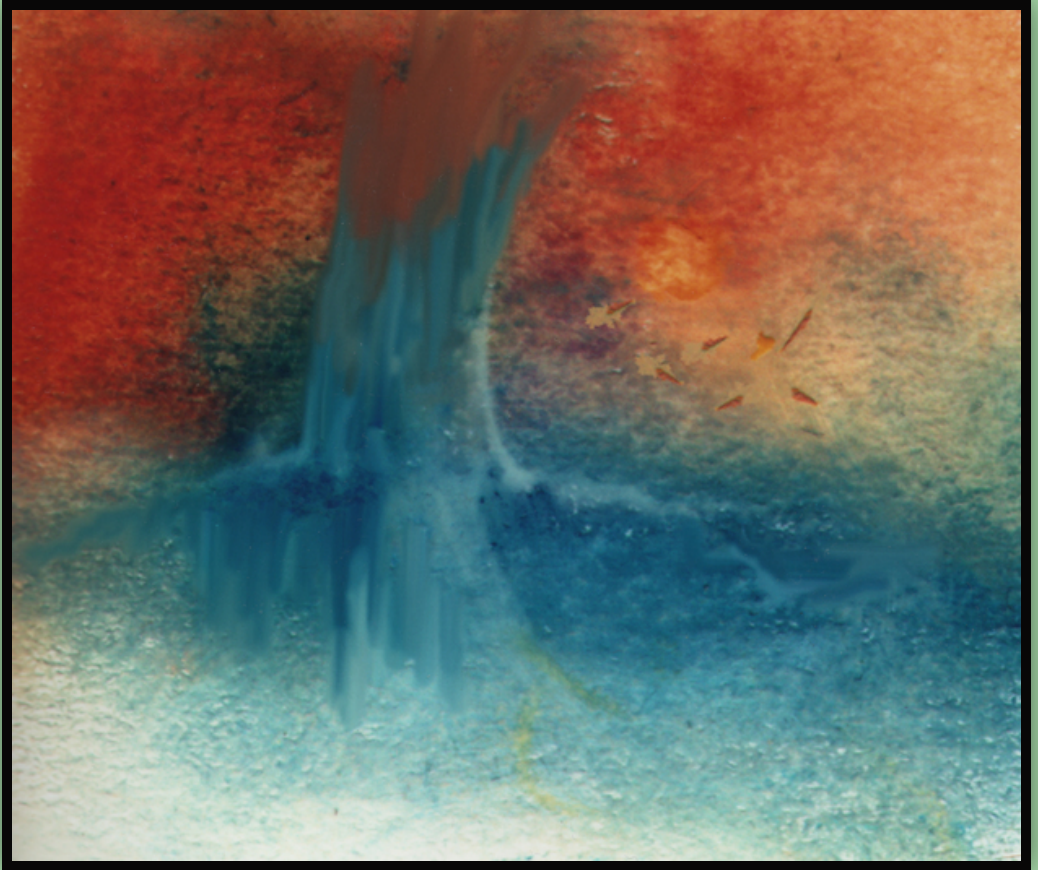
## SUMARIO

### Textos

Segundo vino, de Venancio D. Castán, pag.....	4
Entre las cenizas, de JARomán, pag.....	14
Escorial, de Venancio D. Castán, pag.....	16
Entre el silencio y la noche, de JARomán, pag...	17
Ventanas, de Venancio D. Castán, pag.....	20
La ventana, de JARomán, pag.....	22
Esencia de monje, de Julia Guzman, pag.....	32
La malmuerta, de Ana Herrador, pag.....	38
De otros poemas, de Víctor Galán, pag.....	43

### Imágenes

De JARomán, excepto las de las páginas 7 y 9 de Venancio D. Castán



(De La rebelión de los inmortales. 2ª Capítulo)

## SEGUNDO VINO

Entra Jaime de la Fuente.

—A los buenos días —saluda con voz poderosa y grave que parece de ultratumba.

—Buenos días ¿Qué, hemos dormido bien? —pregunta Rosa en tono de cachondeo. A Rosa le encanta meterse con él por lo que luego se verá.

—Ya sabes que nunca duermo bien por mi enfermedad. ¿Qué tal Jaimecorral?

—Muy bien Jaime. Tómate un vino, anda, y échame otro a mí, Rosa, por favor, pero que sea del tiempo, ¿eh?

—Vale.

Les sirve y les pone en un platito dos triángulos de queso de oveja.

—Ponle también al de la esquina—pide Jaime.

—Se agradece, jefe —dice el otro.

El otro va de botellines de Mahou, pero es lo mismo para la ronda.

Como Jaimecorral, escribe también en el periódico “La Información de Pargalar y Navaloncejo”, y hace comentarios con él de sus respectivos artículos, siempre en tono aprobatorio respectivo, claro está. Con disimulada dificultad, trepa sobre un taburete con patas de hierro para hacer frente a las rondas con más compostura y solidez desde su altura.



Jaime de la Fuente tiene carné de periodista. Es periodista y ha ejercido de ello en su vida laboral, pero, sobre todo y antes que nada, tiene carné. Y al que lo ponga en duda se lo planta en las narices en un verbo. Está harto de los aficionados y de los que se llaman periodistas sin haber pasado por la escuela oficial de periodismo. Ahora está jubilado pero no quieto, porque sigue con ansia de tinta de imprenta y colabora en el periódico mensual del pueblo, en el que tiene una columna fija desde la que da brillo y esplendor a las letras. Desde su púlpito de papel pretende dar ejemplo de ecuánime imparcialidad defendiendo causas de orden y de obvia justicia con alguna pincelada anticlerical y republicana, para que quede condimentado el guiso con algo de pimienta picante. El director de la publicación es del pueblo, de una rancia familia ganadera muy apreciada en la localidad, y le gusta dar la cara poniendo fotos de sí mismo y de los colaboradores; de sus

opiniones no se hace responsable, dice. La foto de Jaime de la Fuente es un retrato de hace años en el que sale con los ojos muy abiertos, que le dan un aire inquietante entre halcón y lechuza; ave de presa en todo caso. Hace tiempo tuvo un cruce de artículos con el cura, don Luis, que también tiene púlpito de papel y se extiende con evangélica prosapia cultural y erudición sobre temas candentes que no interesan a nadie. Los temas grandes, como la familia, la religión, etc., interesan en Pargalar sólo a la hora del bautizo, las comuniones, la boda y el entierro; el resto es para profesionales y aficionados al incienso y al agua bendita. También sale su foto en el papel. Con su pálida calva hipocrática se da más un aire de jubilado del Banco Hipotecario que de bragado coronel castrense, que ha sido su verdadero empleo anterior. Donde se le ve la milicia es en la tenacidad con que defiende su campo del honor.

Jaime de la Fuente tiene muchos méritos; de ellos el principal es hacer frente a sus discapacidades y trastornos por el pintoresco método de ignorarlos. Los de la peña le llaman cariñosamente El Roto por su precaria y torturada arquitectura física, que parece siempre a punto de quebrarse por completo. Cosas de la inafancia,



que vienen de nación, como dicen muchos, y que ya se sabe que aquellos años de posguerra fueron malos y los críos venían al mundo, los que venían, como Dios daba a entender. Jaime se defendió con testarudez e inteligencia llevando las cosas al único campo en el que podía luchar. Claro que, esas gestas heroicas no pueden llevarse a cabo sin mala leche —nadie se imagina a Hernán Cortés haciéndose de mieles con los aztecas—, y de tanto usarla, a Jaime le ha quedado una buena dosis que intenta dulcificar a ratos poniéndose íntimo y sentimental.

—Hay que joderse ¿eh? Ya ha aparcado otro en la plaza de inválido—dice mirando a la calle.

—Anda, Jaime, anda por él —azuca Rosa.

—¡Dios mío! —bromea el ateo de Jaimecorral.

Baja del taburete y sale del mercado con santa indignación en la mirada. Le v en por el reflejo del cristal del puesto fronterizo cómo gesticula con infractor y le da todo tipo de normas, explicaciones y reconvenciones.

—Un día le van a dar una hostia y le van a romper del todo —dice Jaimecorral.

El del coche, asombrado de haber pecado tanto, cambia de sitio cabizbajo. Eso, si es hombre, que si es mujer se descara y lo deja con un palmo de narices y cagándose en todo lo que se menea.

Vuelve a su taburete con tembloroso cabreo y lleno de razón, que es lo que más le gusta, que le den la razón. “¿Tengo razón o no la tengo?”—suele preguntar en esas ocasiones—. “Siiiiii”—contestan todos a coro. Y se queda tan ancho el hombre. Pero al poco rato le vuelve la indignación y sigue rezongando:

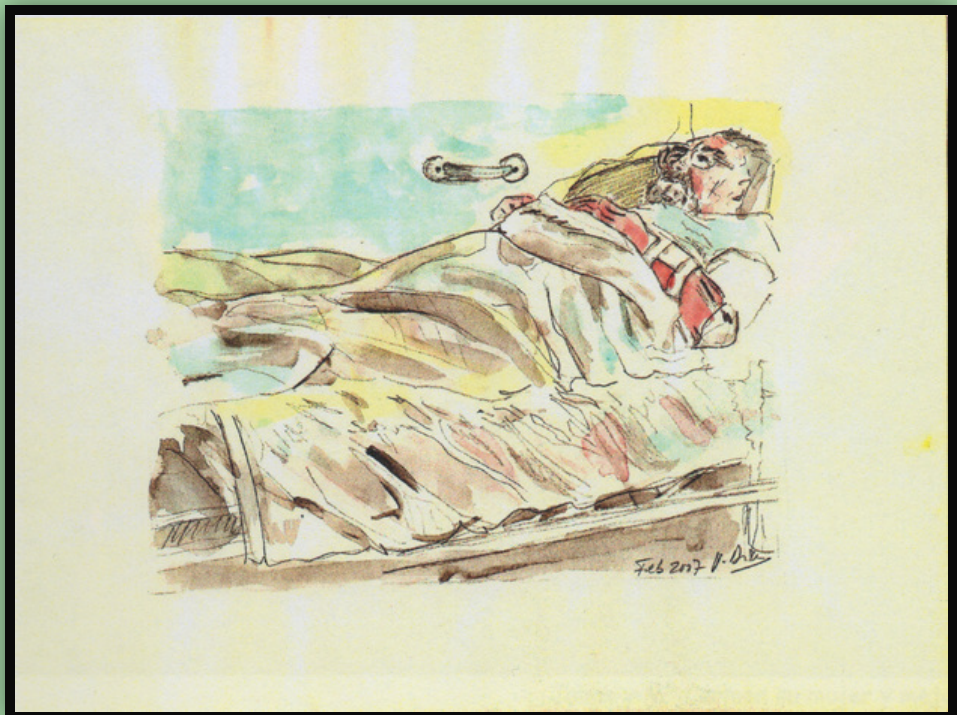
—No hay nada que más me moleste que esta cara dura y esta irresponsabilidad que tenemos los españoles. Como no pasa nada, pues hace la gente lo que le sale de los cojones. Si estuviera en

mi mano lo iba a arreglar en cuatro días; pero yo no me iba a compadecer de nadie; el que la haga, que la pague, y se acabó. Ya sabes que a mí no me gusta la pena de muerte, pero en algunos casos habría que pensarlo bien, como todos estos de la Eta que andan matando todos los días ¿Y qué me dices de los atracadores? ¿Y qué de los que se meten en las casas a robar? ¿Y de los que te pegan un tirón y te tumban al suelo? Desde luego, al que mata, hay que matarlo a él, y el que a hierro mata, a hierro muere y todo eso.



Cuando quiere darse cuenta, ha condenado a muerte a todos los infractores de todos los códigos. La indignación se va extendiendo a los magistrados, a los legisladores, a la policía, y a todos los estamentos que tengan que ver con la ley y el orden. A su juicio hay un amariconamiento generalizado. Faltan en la sociedad hombres de temple de acero que no se compadezcan con los criminales que aparcan donde quieren. Anarquistas, que son unos anarquistas, insiste. Jaimecorral hace años le habría cuestionado su supuesta ecuanimidad, pero ahora, acostumbrado ya a sus enormidades, se limita a mover la cabeza mostrando disgusto por lo que dice; el otro lo interpreta

como una aprobación a su discurso y todos contentos. A diferencia de Jaime de la Fuente, Jaimecorral, cuando va al bar del mercado, rechaza entrar en las grandes cuestiones; para él, el bar es un lugar de pacífica convivencia en el que el trato con la gente ha de ser esencialmente amable y cordial, sin complicaciones; por eso adopta una peculiar actitud beatífica y contesta a todo el que le saluda con el mismo ademán que un Papa desde la silla gestatoria.



—Oye, Jaimecorral; que me tienes que hacer un favor.

—Tú dirás.

—Que he hecho una recopilación de narraciones cortas y me apetece editar un libro con ellas. ¿No te importaría echarlas un vistazo y prologármelas?

—Vale —acepta con poco entusiasmo.

Ha dicho “vale”, pero su interior grita “¡Dios mío!”, su interjección favorita. Con lo poco que le gusta trabajar. Va a tener que poner tasas por corrección de estilo. Venancio, el médico, le tiene también abrasado con sus memorias y sus narraciones.

—Entonces, te las traigo mañana.

—Bueno —acepta Jaimecorral dándole un trago al rioja.

A Jaimecorral le piden favores literarios porque escribe bien y sabe mucho; es licenciado en Ciencias Políticas. Si él quisiera sería un buen escritor pero le puede el cansancio de la enfermedad y la vagancia. En el fondo le viene bien que le den caña, que no le dejen quieto. De joven, cuando trabajaba en la Presidencia del Gobierno con López Rodó, escribía en “Triunfo” y en “Sábado Gráfico” artículos antifranquistas, porque era un comunista infiltrado, un rojo de los finos, como Tamames y otros por el estilo. Un día empezaron a dolerle las articulaciones, se le hinchaban, se le ponían rojas, un desastre. Le empezaron a tratar con cortisona a pasto y lo acabaron jodiendo más.

Poco a poco se fue invalidando hasta que no podía ni dar un paso. Le han operado una cadera; le han tratado con infinidad de fármacos, ha experimentado todo, hasta el punto en que ha tenido tema suficiente para escribir un libro en tono de humor —el humor es lo que le salva, tanto el bueno como el malo, que a veces hay que cabrearse—, que es un compendio de reumatología casi tan ortodoxo como los oficiales, porque de lo que a él le pasa no tienen ni puta idea: tan pronto es artritis reumatoide, como psoriasis, como espondilitis y otros nombres de jaez parecido que él se aprende por el gusto que tiene por la semántica. El caso es que



quedó inválido, siendo todavía joven, por una enfermedad que afecta más a las mujeres que a los hombres, que hasta en esto tiene que joderle la estadística. Le gustan mucho los prospectos de las medicinas, casi siempre largos, farragosos, poblados de palabras de oscuro significado y de advertencias de todo tipo, pero también con propiedades de panacea milagrosa. De tanto que sabe de lo suyo le han llevado los médicos a dos congresos de reumatología como ejemplo de paciente hecho polvo que sabe relatar sus síntomas. Él acepta estos retos y supera los escollos de los viajes porque sabe lo dados que son los médicos a celebrarlo todo con suculentas comilonas; ellos, que tanto prohíben a todo el mundo, se ponen en los congresos morados de grasas, alcohol y picantes, y vuelven luego a sus casas estragados por la gastritis aguda. En eso les lleva ventaja, porque tiene un estómago como no hay dos; todo le va bien

no le hace ascos a nada; da gusto lo bien que queda comiendo, de cómo hace los honores a la cocinera, de cómo ensalza las virtudes de la caza, del cocido, del besugo a la espalda, de los huevos con chorizo, del jamón asado, del lechazo de Valladolid, del cochinitillo, de las croquetas de pescado, del marmitako, de los mariscos cocidos, de las gambas a la plancha, de los callos a la madrileña y a la gallega, del pote asturiano, de las patatas con costillas, de las manitas de cerdo, de los boquerones en vinagre, de las sardinas, de las anchoas del Cantábrico, del queso de oveja, de todos los quesos sin apenas excepciones, del bacalao al pil-pil, del tomate con cebolla, de los pollitos tomateros, de la gallina a la riojana y del rabo de toro estofado, por no hablar, ya en el tiempo de las setas, de los boletos, las setas de cardo, los níscalos y los humildes champiñones. Todo le viene bien y a cualquier hora; sólo falta coronarlo con buena compañía, pan, una botella de tinto y unos vasos. Pero si se tuviera que llevar a una isla desierta un solo alimento por imposición de alguien, llevaría chorizo. El chorizo le parece, con mucho, el mejor invento del hombre después de la rueda, superando en ventajas a la penicilina y al teléfono móvil. Lleva en la cabeza hacer un concienzudo ensayo sobre los embutidos, dice, pero no parece probable que salga del tintero.

La paz se quiebra de repente con la entrada de Arturo Chamochin.  
(continuará)

Venancio Díaz Castán

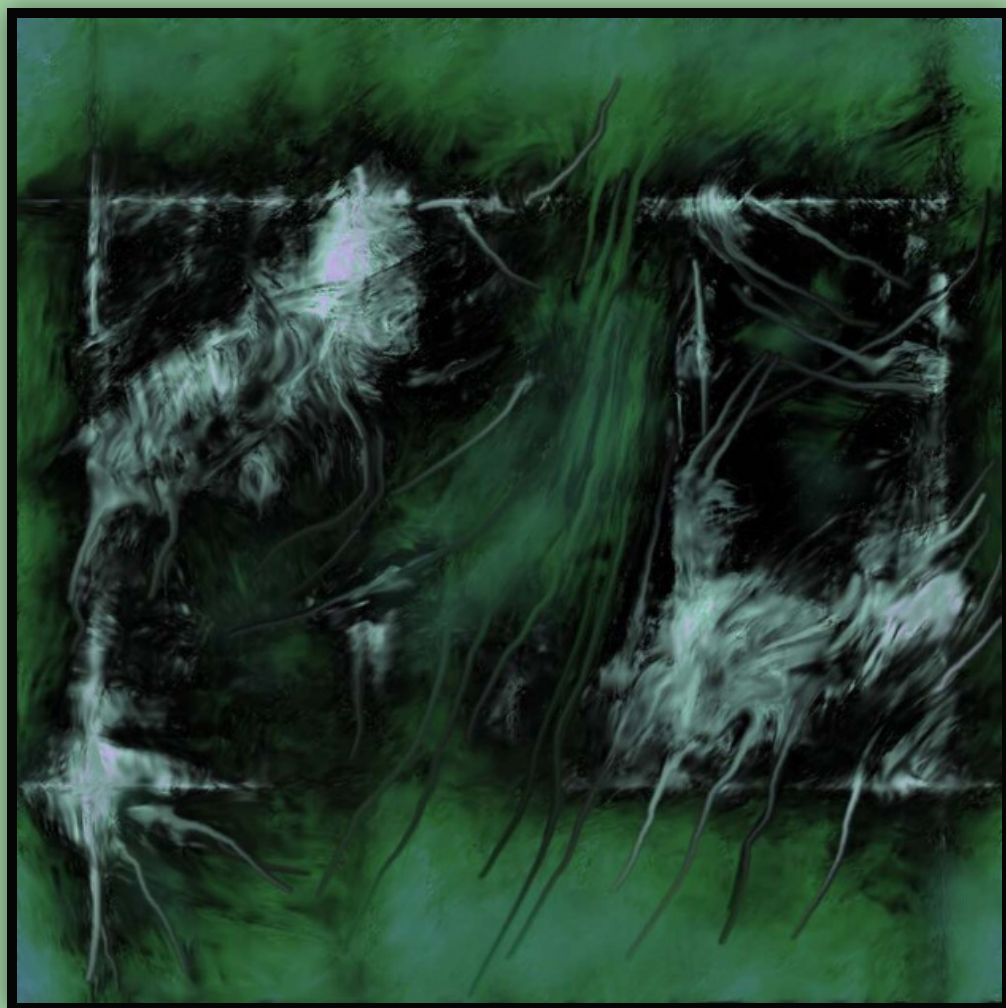


## Entre las cenizas

De entre las cenizas de mi vida recogí los restos de un sueño. Aún palpitaba. Lo tomé entre mis manos a modo de cuenco protector, lo enterré en una maceta como si fuera una semilla sin la esperanza de que germinara. Lo regué con abundante agua e inmediatamente creció un atrevido tallo que enseguida comenzó a enviar señales de alegría con sus ramas y hojas. Me sentí contento pero cierto día, ni luminoso ni plomizo, tan sólo aciago, llegó un mal invisible como un viento insensible que todo lo toca. Mi renacido sueño, en formato vegetal, se sintió mal, sus hojas se quebraron. No supe hacer otra cosa que llevarlo al hospital. Poco después me devolvieron su cadáver. Cavé una fosa en mi corazón y lo deposité allí.

Hoy siento que aquel cadáver no ha muerto. Me sirve de marcapasos.

JARomán



## ESCORIAL

Volvimos a encontrarnos en la calle empedrada y silenciosa

Tardes de otoño llenas de olor

Miradas oscuras de cruces al pasar

La luz amarillenta de farolas movía la ondulante imagen de una chaqueta

Hace no mucho estuviste ahí mismo, huyendo

Todos huíamos no sé sabe a dónde, pero huíamos.

Pero la calle estaba eternamente allí donde la dejamos

y nadie sabía cuál era nuestro propósito

Fue una ráfaga de existencia Una luna que se ocultaba

Un adiós

Venancio Díaz Castán





## ENTRE EL SILENCIO Y LA NOCHE (A una víctima de la pandemia)

Hoy, en un hospital,  
se ha instalado el silencio y la noche.  
Entre ambos él, reconstruyendo su soledad  
a riesgo de que una lágrima llegue a exterminarle.  
No pudo llorar sobre el suspiro último.  
Ambos vivieron confinados  
cabeza abajo cara a cara con el miedo.  
Ella llevó la peor parte.  
Sus pulmones entraron en llamas.  
Desde entonces no pudieron compartir  
ni siquiera un solo temblor.  
Él es ahora un tronco mutilado,  
un neófito de la desgracia.  
Fuera ya nada tiene sentido.  
Dentro un recuerdo como fósil.  
Mira su mano desolada,  
no pudo asir la de ella antes que se enfriara.  
La boca le sabe a tristeza masticada,  
no pudo decir adiós.

Tendrá que seguir girando alrededor del mundo.

Un mundo que pudo ser tan bello que ahora produce espanto.

Ya no tiene lugar en él

Ahora él es un lugar equivocado.

Todo lo que le queda es efímero.

Quizás la mínima grafía de alguna amistad.

Vuelve a mirar sus manos.

Percibe la fragancia de las flores que alguna vez recogió

y la del cuerpo al que las ofreció.

Su memoria será la estatua reflejada

en el estanque de la decepción.

Esa decepción es la garantía de seguir vivo

aunque su cuerpo siga entre el silencio y la noche.

JARomán



## VENTANAS

En mí todo es pasado.

Para qué insistir cuando ya no se puede llorar.

Es tarde ya casi siempre, ya no resulta aburrido esperar.

La mañana se funde en la noche cuando pasan las nubes a través de las ventanas,

Y no se oyen ni el viento ni los pájaros.

Los árboles, esclavos de su terco arraigo, tienden sus brazos solicitando volar.

Sospecho que no lo lograrán nunca, como tampoco lograré entender qué hago aquí.

Vivo gracias a mi pasado, o por su culpa, o quién sabe.

Nadie sabe nada, aún pretendiéndolo.

Sé que me llaman a cenar y debo tomar las medicinas para morir más tarde,

Cuando suene el viento y lo escuche azotar las ventanas.

Venancio Díaz Castán



## LA VENTANA

Juan se preparó un gin-tonic, cogió el vaso con la mano izquierda y al mismo tiempo que se acercaba a la ventana de la cocina dirigió el vaso hacia la boca, pero la visión que se ofrecía a sus ojos detuvo el brazo a medio camino quedándose como una estatua en posición algo ridícula. La ventana daba al patio interior del inmueble. Podía ver perfectamente el interior del salón del apartamento de enfrente. Se quedó embobado observando cómo su vecina, con unas mallas y una camiseta de tirantes negras danzaba en su salón. El cabello lo tenía recogido en un sencillo moño dejando ver el esbelto y largo cuello. Jamás pensó que aquella chica, con la que en alguna ocasión había coincidido en el ascensor y siempre le había parecido ser poquita cosa, incluso de carecer de cuerpo dentro de aquel abrigo vulgar, tuviera la habilidad de moverse con candor, sencillez, elegancia y armonía. No parecía ser una neófito en aquella actividad, se alzaba, con destreza, sobre las puntas de sus pies teniendo en cuenta que lo hacía descalza. Continuó mirándola indiscretamente mientras paladeaba su gin-tonic, disfrutando del inesperado y agradable espectáculo hasta que ella decidió darlo por concluido. Entonces, apagó la luz e inmediatamente después bajó la persiana de su ventanal.

Juan, después de haber estado todo el día leyendo a Michel Foucault (lo había empezado el mismo día que comenzó el confinamiento) permaneció junto la ventana con una sensación de tanta placidez que estaba disfrutando intensamente del momento olvidando con rapidez el tremendo esfuerzo intelectual que tenía que desarrollar para entender lo que había leído de "Las palabras y las cosas". Leer a Foucault era una tarea que siempre había pospuesto dejándola pendiente hasta que tuviera tiempo. Así que cuando anunciaron que iba a estar confinado durante varias semanas, a causa de la pandemia, supo que había llegado su oportunidad. No era un autor nada fácil, le desgastaba mucho y al final de la jornada se encontraba realmente muy cansado. Sin embargo aquella noche se sentía bien. No sabía exactamente por qué pero estaba seguro que la visión de su joven vecina danzando le había ayudado a alcanzar aquel estado de bienestar y sosiego.



Aquella noche soñó con su vecina. Volvió a verla bailando la misma danza pero en esa ocasión tan sólo iba vestida con unas braguitas y un sujetador de color negro. Aunque generalmente no solía acordarse de sus sueños, en aquella ocasión recordó todos los detalles. Estaba realmente muy sorprendido.

Tras desayunar continuó con la lectura de "Las palabras y las cosas":

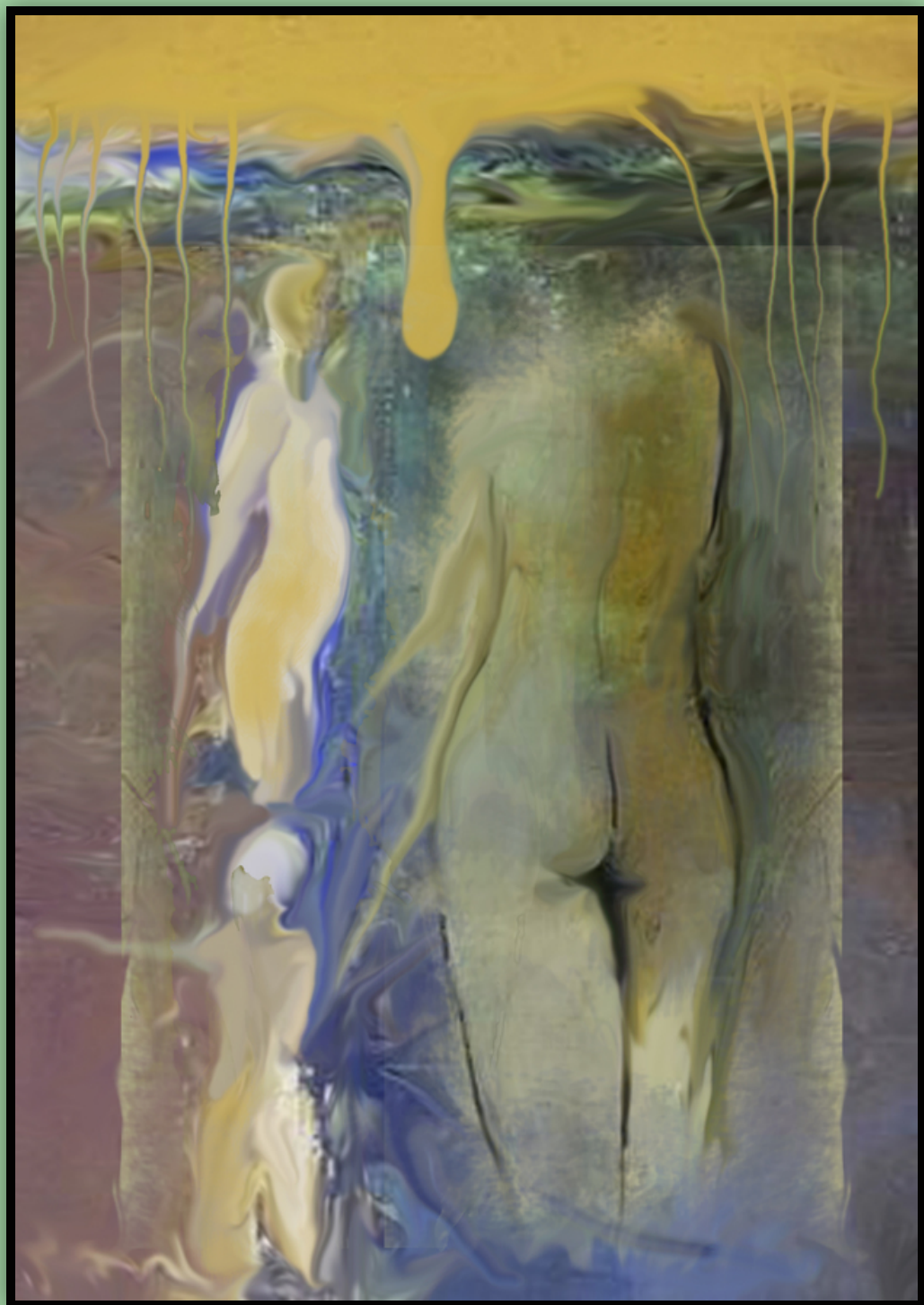
*"El mundo a la vez indefinido y cerrado, plano y tautológico de la semejanza se encuentra disociado y como abierto en su medio..."*

*... En tal medida, que a lo largo del siglo XIX, de Kant a Dilthey y a Bergson los pensamientos críticos y las filosofías de la vida se encontrarán en una posición de recuperación y de disputa recíprocas."*

Cerró el libro, se quitó las gafas con cierta desgana y frotó sus dedos contra sus cansados ojos. Había estado todo el día con aquel difícil tema. A duras penas, tras releer varias veces muchos párrafos, lograba o creía lograr entender algo. Tan sólo había parado para comer unas lentejas, que había cocinado el día anterior, tras calentarlas en el microondas.

Ya era la hora de cenar, aunque no tenía ganas de cocinar nada. En ese momento recordó a la vecina y su danza. ¿Haría hoy lo mismo?. Fue a la cocina pero vio con decepción que, aunque la persiana estaba levantada su interior permanecía oscuro. Nada podía ver. Decidió ir a la nevera, cogió un tomate, lo lavó bien en el fregadero, lo puso en un plato y lo partió en trozos mediante el cuchillo que había encima de la mesa. Le echó algo de sal, aceite de oliva y un poquito de vinagre de Módena. Observó el plato y pensó que aquella cena sería poco. Cogió una lata de sardinas en aceite de oliva de uno de los muebles de la cocina. Abrió el congelador del frigo y tras sacar un pedazo de pan congelado lo llevó al microondas donde lo descongeló. Se comió todo despacio, como si estuviera haciendo tiempo para algo. Cansinamente se levantó con la intención de ir a la nevera a coger una pieza de fruta pero, cuando pasó a la altura de la ventana, se detuvo pues allí, en el piso de enfrente, estaba, de nuevo, su vecina bailando la misma pieza del día anterior, pero lo que le dejó verdaderamente





sorprendido fue que no llevaba las mallas y la camiseta de tirantes, se había desprendido de ellas y se movía con unas braguitas y un sujetador de color negro, tal como lo había soñado la noche anterior. Se sintió como pillado en una falta e instintivamente fue hacia la puerta de la cocina, donde estaba el interruptor de la luz, para dejar la estancia en la oscuridad y ella no pudiera verlo observando indiscretamente. Así se sintió mucho más seguro. El espectáculo duró más o menos lo mismo que la noche anterior. Nuevamente cuando finalizó la danza, la joven apagó la luz y bajó la persiana.

Quedó pensativo. ¿Cómo podía ser que su sueño se hubiera convertido en realidad?. Era una increíble casualidad. Bueno, no tanto, se dijo, debe gustarle las prendas negras y esa noche hacía una temperatura muy buena. Quizás al hacer ejercicio comenzara a sudar y se despojó de las mallas y de la camiseta. Así se autoconvenció y se dirigió al salón con la intención de leer todo los mensajes que le hubieran llegado al móvil y responder los que fuesen necesarios. Al cabo de un rato decidió irse a dormir.

Esa noche volvió a soñar con su vecina. Se volvió a ver observando, desde la oscuridad, sus movimientos, pero ella iba completamente desnuda, tan sólo un velo negro cubría parcialmente en ciertos momentos un pecho, en otros el sexo o el otro pecho para finalmente terminar la danza con la cara cubierta con el velo dirigida hacia el exterior de la vivienda.

Se despertó con la última imagen del sueño. Su rostro cubierto por el velo acercando la cara a la ventana. Aquel velo negro le recordaba a uno que su ex se dejó cuando se separaron. Fue lo primero que hizo: revolver en los armarios hasta que halló el velo. Lo tocó con cierta lascivia y llevándose a la nariz olió un perfume que no le recordaba para nada a su ex. "Bueno, será que ya no me acuerde", se dijo. "Hace ya bastante tiempo que se fue". Volvió a quedarse pensativo, había vuelto a soñar con ella. Estaba algo perplejo. ¿Qué le estaba pasando?. Esta alteración lo trastornó durante todo el día. No fue capaz de leer nada del libro de Foucault. No se podía quitar de la cabeza aquellas imágenes del sueño. Estuvo zascandileando de aquí para allá sin hacer nada en concreto. Deseaba que llegara la noche para comprobar si también se cumplía lo que había soñado.

Cuando al fin llegó la noche se colocó, una vez más, discretamente en la ventana de su cocina sin encender la luz. La impaciencia le empujó a comerse una bolsa entera de patatas fritas y otra de panchitos sin



sin lograr aliviar la ansiedad.

Llegó el momento e, increíblemente, su sueño se cumplió con todos los detalles. Cuando la vecina bajó la persiana de su ventanal sin apagar la luz y sin vestirse, se quedó inmóvil durante un largo tiempo. ¿ Estaría aún soñando?. No conseguía digerir lo que le estaba pasando, no por disfrutar de la visión del cuerpo de aquella mujer sino por que se cumpliera su sueño, como si los sueños predeterminaran la realidad. Estaba muy confuso. Algo extraordinario le estaba sucediendo o el confinamiento le estaba trastornando. No sabía si tendría que consultar con un psicólogo o con un especialista en fenómenos paranormales.

Al cabo de varias horas se fue tranquilizando. Estaba saboreando el habitual gin-tonic, luego no soñaba. Se sentía bien y había disfrutado con lo que había visto. Le estaba cambiando todas las perspectivas de su vida. Ya no pensaba en aquella chica como "la poquita cosa" de la vecina. Pensaba en ella con agrado y deleite. Cuando saliera del confinamiento tendría que provocar un encontronazo e intentar establecer alguna relación con ella.

Antes de irse a dormir, se fue a por el velo negro de su ex, volvió a olerlo y no pudo identificar su olor. Era el de otro cuerpo. de eso estaba seguro. Se fue a la cama como un niño se va con su peluche. No conseguía conciliar el sueño. Vueltas y más vueltas dejando las sábanas completamente enredadas. Las imágenes de la vecina desnuda bailando insistían e insistían en su cabeza.

Volvió a soñar con ella, pero esta vez no se hallaba mirando desde su ventana. La joven estaba en su propia cama adoptando la pose de la Venus del Espejo de Velázquez y él sustituía al ángel ofreciendo el espejo para que ella se observara. Tras mirarse largamente, ella le sonrió y suavemente con la mano izquierda le apartó el espejo. No quería verse, parecía indicar que fuese él quien la mirara. Parecía que era una invitación a algo más. Llevó su mano derecha sobre uno de sus muslos y muy despacio, suavemente empezó a mover la mano hacia arriba alcanzando sucesivamente, la ingle, el vientre, el seno izquierdo en cuya cima se detuvo bastante tiempo, continuó por el cuello, la mejilla, hasta llegar a la frente donde cambió de trayectoria comenzando a descender por la otra mejilla, siguiendo por el cuello, el seno, el ombligo... Entonces ella le tomó la mano y se la llevó a su sexo.

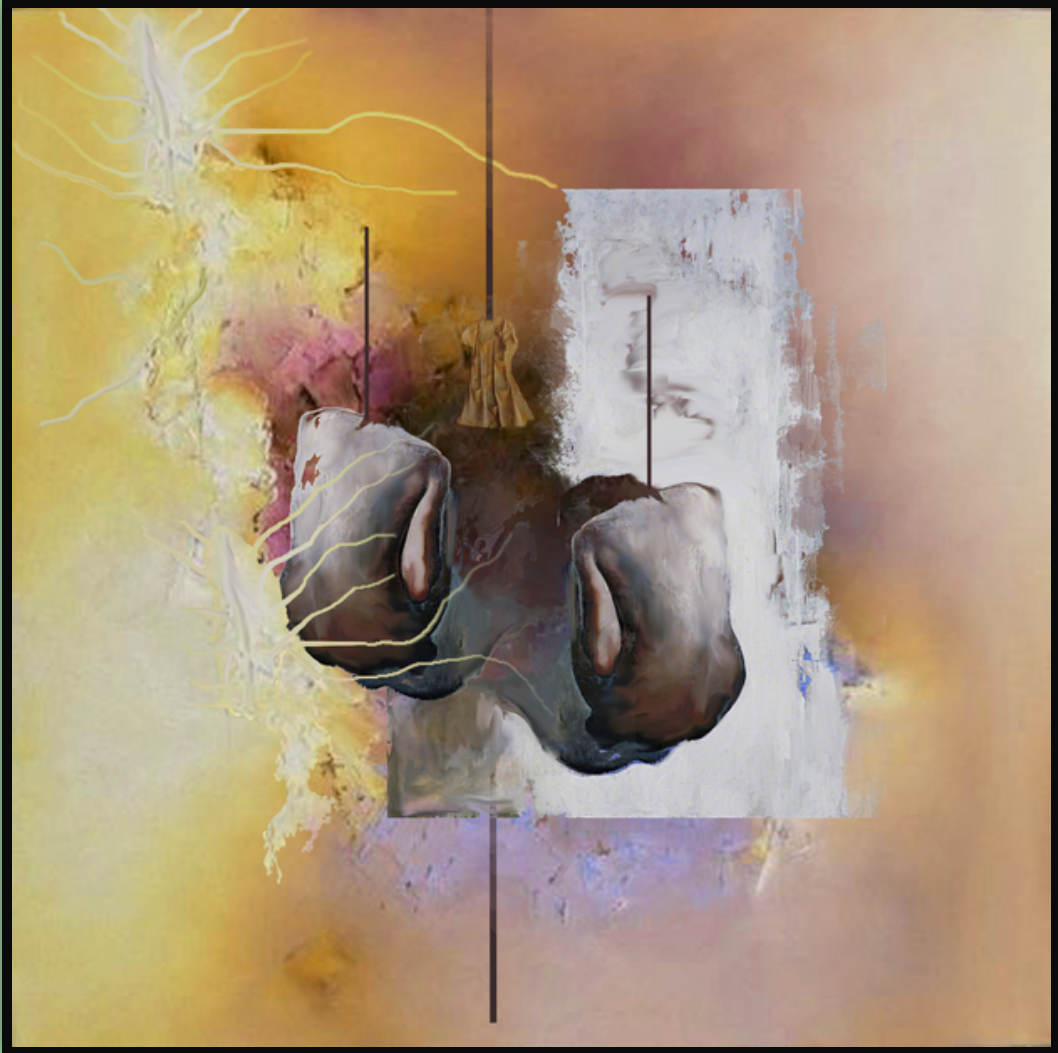
En este momento del relato, el narrador piensa que el lector no necesita leer más detalles dejando a su imaginación el desarrollo y conclusión de lo que sucedió. Así que paso narrar lo que aconteció después:

Una corriente muy poderosa recorrió todo su cuerpo convulsionándolo hasta conseguir despertarlo. Tras unos segundos de desorientación se sintió algo incómodo pues se notó mojado en la entrepierna pero enseguida volvió a lo que había vivido en el sueño. ¡Qué noche!; hacía tiempo que no había experimentado una fantasía sexual tan intensa!



Ese día se levantó de buen humor aunque sabía que esta vez no podría cumplirse su sueño como en los días pasados. Quizás por ello estuvo más tranquilo. Pudo volver a Foucault pero, al anochecer, no pudo evitar la tentación de ir nuevamente a la ventana. Allí se colocó disponiéndose a esperar. ¿Qué pasaría esa noche?. Llegó la hora que ella acostumbraba a bailar pero la luz del salón permaneció apagada. Pasó bastante tiempo sin que ocurriera nada. Ahora sí, el sueño se había acabado. Se entristeció un poco pero se lo tomó con tanta resignación que decidió desvestirse para intentar dormirse. En ello estaba cuando sonó el timbre de la puerta de su apartamento. Algo sobrecogido se acercó a la puerta dudando qué hacer. En ese momento le llegó el aroma que anteriormente había olido en el velo negro de su ex.

JARomán



## ESENCIA DE MONJE

El padre Terrier, rascándose la calva y la panza, examinó al niño Jean-Baptiste que la nodriza había dejado ante la puerta del convento. Estaba lustroso y olía bien. Acercó su nariz a la boca de Jean-Baptiste y sí, el olor dulce a leche de teta oronda abría el apetito: el niño sería comestible llegado el momento.

Jean-Baptiste creció a base de leche de cabra y zumo de remolacha. Es lo que le daban los cinco monjes, hambrientos de placer, para que creciera hermoso. Ocho años tenía cuando el padre Terrier, le dijo con tono insinuante

\_ Ya eres todo un hombrecito...

Lo que pasó después se repitió todas las noches hasta que Jean Baptiste desapareció sin dejar rastro, a los doce años. Cinco monjes, por turno riguroso, le dejaban un aroma en su piel cada noche. El niño, muy despierto, podía reconocerlos con los ojos cerrados. A cada uno por su olor.

Fray Terrier, encargado de los viñedos y la bodega, olía a vinagre. Todas las noches, asaltaba los barriles, hasta que volvía a su camastro dando tumbos como un tonel. Era un hombre bilioso, siempre irritado, al que solo le calmaba el vino y el sexo con el niño Jean Baptiste.

Al padre prior Louis, esquelético y siempre con el dedo índice levantado amenazador, de tanto mandar se le había agriado el carácter, y su aliento destilaba un olor amargo. Cada vez que visitaba a Jean Baptiste y descargaba en él sus euforias, después se retiraba a su celda a darse unos cuantos latigazos.

El fraile de la cocina, el hermano Charles, seboso, pesado y flatulento, eructaba sin parar un olor dulzón. Estaba obsesionado con hacer los mejores panes y rosquillas de Saint Merri y se pasaba el día probando mezclas sin quedar nunca satisfecho. Jean Baptiste acababa muchas noches padeciendo sus caricias mezcladas con regurgitares de malvas, vainillas y azúcares podridos.





El monje bibliotecario, Fray Jean, consumido y apergaminado, era el más avaro y ambicionaba ser el más sabio. Andaba todo el día entre letras de tinta hecha con sulfato de hierro y para quitarse el sabor metálico de las tintas comía sin parar ajo crudo. Su aliento picante se quedaba impregnado en el cuerpo del niño y entre las sábanas de su camastro.

Y por último el sacristán, Fray Philippe, olía a quemado. Era un hombre atormentado por el miedo, porque decía ver fantasmas en el claustro y en la iglesia. Siempre caminaba con la luz de una vela en la mano y por donde pasaba dejaba un rastro de cera e incienso. Fray Philippe se quitaba el miedo toqueteando al niño Jean Baptiste.

Durante cuatro años y tras cientos de lascivas visitas, Jean Baptiste fue haciendo una clasificación de olores y humores y pergeñando un plan para que los frailes acabaran locos de remate. Hizo una mezcla de esencias recogidas del sudor de cada monje y añadió los condimentos necesarios para potenciar las emociones desviadas de cada uno de ellos. Una pócima perfecta a la que llamó “esencia de monje”: vinagre para estimular la ira, almendra amarga para desatar la tiranía, vainilla para la chaladura de las manías, picante para ser avaro y ahumados para morir de miedo.

Una noche, a la hora de la cena, Jean Baptiste repartió los platos en los que había derramado una buena porción de la pócima. Las sopas de ajo de esa noche rezumaban un olor a zumo de remolacha y leche de cabra con matices amargos, agridulces, ahumados y picantes. Cucharada a cucharada, los monjes fueron absorbiendo sus propios sabores y humores. Y poco a poco, la ira, la tiranía, la vanidad, la obsesión y el miedo acabaron por embotar sus sentidos.

Con sus demonios desatados desearon el sabor de la sangre.

Jean Baptiste, con los ojos negros y oblicuos, se sentó en su sitio a mirar el espectáculo. Se retorció los tendones de las manos por debajo de la mesa por la impaciencia. Y ocurrió. El poder de la pócima funcionó como esperaba: los monjes se devoraron unos a otros, a bocados como perros rabiosos, en un arranque de pasiones descontroladas. Las velas de Fray Philippe acabaron por quemar sus cuerpos hasta convertirlos en despojos calcinados.



*Es duro vivir atrapado en las palabras  
que no pueden ser dichas.  
La tristeza puede arrancarte la boca si callas.  
Llámanos por nuestro nombre.  
El silencio ya no tendría misterios para girar*

Cuenta la leyenda del niño Jean Baptiste que, aún hoy día, quien se acerca al cementerio del convento de Sain Merri y percibe los matices ocultos detrás del olor a quemado, comienza a tener unas ganas irrefrenables de matar.

Dicen que quien ha conocido los ojos negros y oblicuos de Jean Baptiste ha conocido el terror. Jean Baptiste se ha convertido en un mito en toda la comarca y se le teme. Como si pudiera estar en cualquier rincón, en todo los rincones, haciendo mezclas y pócimas con un poder desmedido, capaz de agudizar los estados de ánimo más agresivos y malvados.

A juzgar por los crímenes acaecidos, parece que su pócima estuviera en los vapores del hogar de cada casa. Podría ser que las desgracias ocurridas desde entonces en la población del convento de Saint Merri se deban al poder de la “esencia de monje” creada por Jean Baptiste. Podría ser.

Huele a quemado y sangre en las calles de Saint Merri y ese tufo se extiende sin freno por toda la comarca.

Y hay quien dice que últimamente han aumentado los locos también en París.

Julia Guzmán

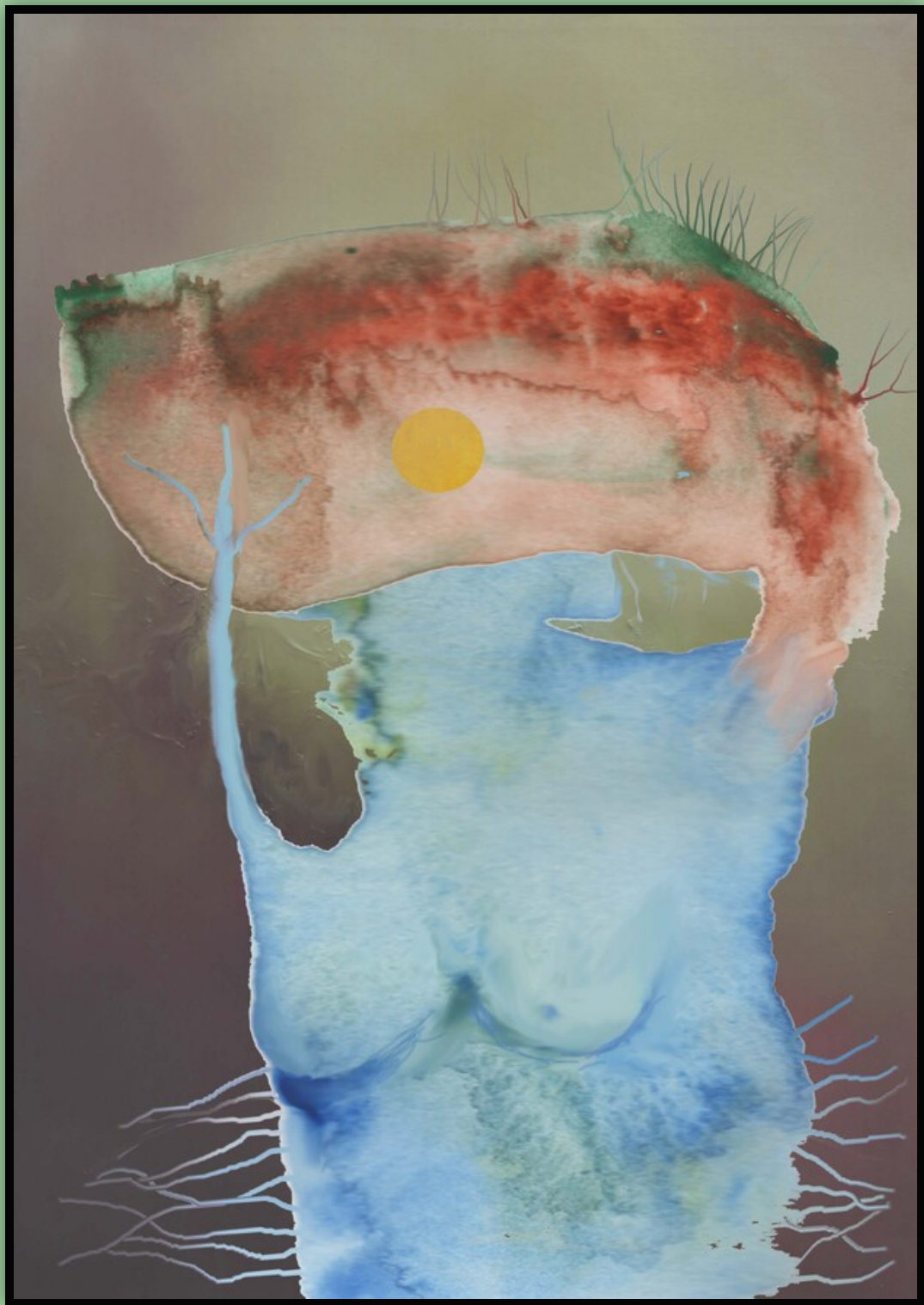


## LA MALMUERTA

Quiero invitarte a dar un paseo por mi ciudad, una ciudad donde el cantar de las fuentes se acompaña del aroma del azahar, del don Diego de noche y de los Simones paseando por la judería. Córdoba tiene su encanto en cada callejuela, en sus patios, en sus rincones plagados de leyendas que le dan la magia de una ciudad colmada de historia. Para ti, anónimo visitante que irás directo a la Mezquita o al Alcázar de los Reyes Cristianos, pasará inadvertida una torre que hay en El Barrio de la Marina. Para mí, que crecí entre el olor de las flores, naranjos y olivos, la Torre de la Malmuerta tiene el recuerdo de las historias y leyendas que nos contaron una noche de abril en un colorido patio cordobés.

Cuentan qué, en la Córdoba de principios del siglo XV, un descendiente de la reconocida familia Gómez-Figueroa se enamoró de una joven de gran belleza llamada Clara Herrera. Él era muy mayor para pretenderla, tanto que, por su edad, podría ser su abuelo. Acostumbrado a conseguir todo lo que quería, cortejó a la muchacha hasta que la familia, y la misma joven, accedió al casamiento. Nadie entendió aquel compromiso y la pareja, tras una fastuosa boda por todo lo alto, se trasladó a la gran casona que la familia Gómez-Figueroa tenía en El Barrio de la Marina, cerca de la muralla de la ciudad. No pasó mucho tiempo antes de que la joven Clara descubriera en su marido unos celos desorbitados hasta el punto que le molestaba que, cualquier persona que no fuera él, estuviera con ella. La joven, educada en la más estricta enseñanza de complacencia hacia su marido, fue limitando cada vez más sus salidas hasta llegar a quedar recluida entre las paredes de la gran casona donde criados y sirvientes vivían para atender cualquier demanda que tuviera.

Clara atendía las necesidades de los pobres a través de la reja y todos los días la cola de los más necesitados se extendía hasta la plazuela cercana. Su marido, que al principio vio con buenos ojos que su joven esposa hiciera sus obras de caridad de esta forma, empezó a desarrollar unos celos incontrolables. Veía en cada mendigo un ardiente amante. Sus celos eran tan desmesurados que, por las noches, imaginaba a su esposa en brazos de un fogoso amante en el lecho que compartía con ella. Un día de otoño, ofuscado por la deses-



peración, visitó a una hechicera que vivía en la judería. La hechicera le preparó un brebaje que, cuando lo consumiera, le haría ver la verdad que había en la vida de Clara. No lo dudó ni un minuto y se lo bebió de un trago. El brebaje le quemó la garganta, enturbió sus ojos y le envenenó el corazón. En pocos segundos en su cabeza vio la imagen de su joven esposa yaciendo desnuda en brazos de un joven que recorría su cuerpo con caricias y besos, la pasión hacia vibrar sus cuerpos. Sin dar tiempo a aclarar su mente salió corriendo por las callejuelas de la judería apartando a golpe de mamporro a todo aquel que se cruzaba en su camino. Cuando llegó a su casa su corazón latía como un caballo desbocado y sus ojos estaban llenos de ira. Cogió una espada y se dirigió hacia su habitación tirando muebles y enseres a su paso. La joven Clara estaba sentada frente al mirador mientras su doncella cepillaba el dorado cabello. Apartando a la doncella con un empujón, le cortó el cuello. La sangre salpicó su rostro al tiempo que su espada caía de su mano. La cólera dio paso al miedo, y el miedo a la desesperación cuando tomó conciencia del terrible acto que había cometido. Tirado en el suelo abrazó el cuerpo sin vida de Clara mientras los gritos de los criados habían traído a los alguaciles.

En consideración a la alcurnia de la familia Gómez-Figueroa, el rey Enrique paró una ejecución que se hubiera tenido que realizar de forma inmediata. Mandó detener al hombre que había cometido tan cruel asesinato y durante dos semanas se tomó declaración a numerosos testigos sobre la vida de la joven Clara. No encontraron evidencia alguna, ni testimonio declarado, que pusiera en duda la virtud de la joven o que pudiera insinuar la infidelidad de la joven a su marido. Todos declararon la bondad de su corazón, su generosidad y su lealtad incondicional. El rey condenó al marido a derruir la gran casona y a erigir en ese mismo lugar una torre que se uniera a la muralla por un arco. La torre sería su cárcel donde permanecería hasta el fin de sus días. Desde que se inició su construcción, todos los cordobeses la empezaron a llamar la Torre de la Malmuerta en homenaje a la joven Clara Herrera, a quien su marido dio tan injusta y mala muerte.

Ana Herrador





## De otros poemas

Sal y camina,  
no pares hasta encontrar tu lugar,  
ese espacio que permitirá que tu tiempo  
sea tu tiempo y tu poder sea tu destino,  
y tu destino una flor serena.

\*\*\*\*\*

No esperes más caricias que las que el sol te dé.  
No esperes más ternura que la arena del mar,  
que la luna en otoño cuando nos recogemos al abrigo del fuego.  
No encontrarás más espuma que los días y más luz que las noches.  
No podrás saber dónde se guarda la aurora,  
ni dónde se esconde tu espíritu,  
dónde anidará la duda que nos mantendrá despiertos.

\*\*\*\*\*

El murmullo al pasar sobre los cantos rodados.  
La sal que cubre la piel.  
El color de las mejillas.  
El crepitar de la nieve blanda al andar sobre ella.  
El olor a humo de leña al bajar del autobús.

El roce de un pañuelo de seda.

El frío tacto del mármol.

El gesto oscuro de la cabeza al mirar.

Ser.

Víctor Galán



Si queréis participar en los próximos números de esta publicación, enviad vuestros trabajos (dibujos, poemas, relatos cortos, etc.) a la siguiente dirección de correo: [tertuliam2020@gmail.com](mailto:tertuliam2020@gmail.com)



Esta revista no está subvencionada por ningún organismo ni entidad, ni se financia mediante publicidad